

Carta desde Inglaterra

Al oeste de Bradford, en pleno centro del condado de Yorkshire, se encuentra la parroquia de Haworth, donde las hermanas Brontë imaginaron reinos infantiles y escribieron fábulas de un romanticismo retrasado y agónico. Es preciso visitar Haworth en las mañanas de invierno, cuando el flujo de turistas decrece y el gris de la piedra se confunde con la grisalla del cielo y de la tierra. Apoyado sobre un angosto valle de tejados y calles encadenadas, Haworth no se diferencia en nada de los pueblos de nombres compuestos y abruptos que salpican los parámos del norte con sus minas abandonadas, sus chimeneas color teja y sus telares donde se hila una lana espesa que parece segregada por la escarcha: Oxenhope, Cullingworth, Keighley, Stanbury. Aquí hasta las sombras conocieron mejores tiempos. La carretera, luego de serpentear entre colinas abatidas por el viento y el frío, asciende hacia los altos de un pueblo que ha hecho de la necrofilia literaria su más próspero medio de vida. A Haworth se llega por su patio trasero: una senda de tierra que lleva directamente del aparcamiento al cementerio y el edificio parroquial, en el límite superior de la villa. El hierro y la piedra parecen haberse empapado del color de los rododendros y las ortigas: hay lápidas rotas, inscripciones borradas, podios hundidos en la tierra y la maleza. Sorprende, sí, la pequeñez del camposanto, encajado entre la iglesia y los pastos y granjas que sirvieron de escenario a *Cumbres borrascosas*. A su lado, muro con muro con las tumbas más antiguas, se alza la casa parroquial, un pequeño edificio dieciochesco convertido a principios de siglo en casa-museo y destino final de lectores y peregrinos. El edificio, propiedad de la sociedad Brontë, posee aún muchos de los objetos y posesiones que acompañaron a la familia en un exilio entre magnificado e incomprendido por los biógrafos: Haworth tuvo que ser, todavía lo es, un prodigio de oscuridad y aislamiento; pero también es cierto, aunque ello no contribuya al lustre del mito, que la familia Brontë era la más próspera del pueblo, con acceso a los mejores libros de la época, y que si bien no pueden ser adjetivados de cosmopolitas, sus miembros estaban al tanto de los debates y polémicas intelectuales aireadas por revistas tan prestigiosas como el *Fraser's Magazine* o la *Edinburgh Review*. La casa, de interiores remozados, se ofrece de inmediato a la imaginación: la coci-

na donde Emily amasaba la harina y repetía su lección de alemán; el estudio donde hasta altas horas de la noche su padre leía y repasaba las escrituras; la mesa donde los cuatro hermanos, Charlotte, Emily, Anne y Branwell, redactaron los anales de Gondal y Anglia, sus reinos imaginarios; el vestido de una diminuta Charlotte; el cuarto despojado, con vistas al cementerio, de los sirvientes; los cuadros y bosquejos de Branwell; el diván donde Emily se tendió para morir; todo se ofrece al ojo curioso pero ajeno del visitante, que no acaba de aceptar que aquel vestido sea el genuino, o que aquel lecho albergara muertes y enfermedades ilustres.

El museo, creado a partir de unos pocos objetos personales (relojes, breviarios, primeras ediciones, plumas, etc.), es una excusa para el repaso ilustrado de la vida y milagros de la familia. Repaso o, quizás, lección de antropología; a través de esas pocas formas sobadas entramos en otro reino imaginario, hecho de gestos cotidianos, de rutinas inconscientes, de tareas domésticas que no admiten demora, de obligaciones sociales e intercambios fugaces. El perfil severo de Charlotte Brontë se desvanece, así, para dar paso a figuras prefijadas y anónimas: la interna, la institutriz, la aspirante a escritora, la provinciana que aterriza en un Londres bullente y orgulloso, la solterona que acepta un matrimonio tardío y no del todo indeseado, la enfermera agonizante; figuras o máscaras que se superponen al azar, roles propios de la época que esperaban cobrar vida; su repudio hubiera sido tarea imposible.

Al final del trayecto, en una recogida sala rectangular, antes del trasiego de gentes y cajas registradoras de la *Museum Shop*, el visitante puede admirar los volúmenes de su biblioteca, o leer las cartas de algunos ilustres de entonces. Robert Southey, cuya pronta respuesta tanto apreció Charlotte, tiene aquí un puesto de honor: «Escribir no es ocupación propia de mujeres, tanto por razones de temperamento como de constitución. Por tanto le recomiendo, pese a la calidad de su trabajo, que no persevere en tal empeño». No es una ironía, por mucho que lo parezca, que el autor de decenas de volúmenes de huerro romanticismo sea recordado ahora por cuatro líneas de escasa fortuna. El trabajador a destajo que fue Southey no la conocía, como tampoco conocía otra forma de dignidad que el mármol y el epitafio castrense: la soledad desatenta de su tumba en una apartada iglesia de Cumbria cuadra con un hombre que cobró los versos en medallas al mérito.

Aparte del museo Brontë, Haworth ofrece pocas alegrías suplementarias: algún muro renegrido, calles de gruesos adoquines, tiendas que dudan sin hacer gala de su antigüedad o acicalarse para el turista, *coffee-shops* con mobiliario de juguete, caóticas tiendas de recuerdos, confiterías. Los aparcamientos se llenan con rapidez. Las procesiones de turistas se encadenan con vocación de ritual religioso, que la abundancia de niños en viaje de estudios no termina de disipar. Los *pubs* ofrecen desde las puertas entreabiertas un estruendo de voces y cubertería.

